

## ¿EXISTIRÍA LA GRAMÁTICA SI NO HUBIERA GRAMATICALIZACIÓN?

José-Luis Mendivil-Giró  
*Universidad de Zaragoza*

### 1. Introducción

El texto de Javier Elvira caracteriza de forma sucinta, pero muy completa y adecuada, el fenómeno de la gramaticalización. Sin embargo, no revela si la gramaticalización debe entenderse como un proceso específico del cambio histórico en las lenguas o si también debe entenderse como una parte del proceso de evolución de la facultad del lenguaje en la especie humana.

Según se elija una opción u otra, la respuesta a la pregunta formulada en el título de esta aportación sería diferente. En ella defendiendo una respuesta afirmativa y propongo una crítica a la que denominaré *teoría evolutiva de la gramaticalización* (TEG en lo sucesivo), que daría una respuesta negativa a la pregunta. La elección de esta denominación se debe a que para la TEG (cuyo mayor exponente sea quizá Heine y Kuteva 2007) la gramaticalización no debe entenderse solo como un fenómeno que forma parte del cambio lingüístico, sino además como un fenómeno que forma parte de la evolución del lenguaje. La TEG se integra así en la tradición recientemente renovada que considera que el fenómeno del cambio lingüístico y el fenómeno de la evolución del lenguaje en nuestra especie están relacionados o, incluso, son una misma cosa<sup>1</sup>.

En lo sucesivo se presentan argumentos teóricos y empíricos en contra de la TEG y se sugiere que el fenómeno de la gramaticalización debe considerarse como un factor (muy relevante) de la historia de las lenguas, pero no como un mecanismo que pueda explicar (o forme parte de) la evolución de la facultad del lenguaje en nuestra especie.

### 2. Evolución del lenguaje y cambio lingüístico. Por qué son distintos

A lo largo de esta aportación, y para evitar equívocos, se emplearán las expresiones *cambio lingüístico* y *evolución del lenguaje* de acuerdo con las siguientes caracterizaciones<sup>2</sup>:

- El cambio lingüístico es un fenómeno cultural que se produce en la escala del tiempo histórico (cientos/miles de años). Su principal consecuencia es la creación de lenguas nuevas por medio de la modificación de otras (tal y como el español surgió a partir del latín hace unos 1.500 años, o tal y como el propio latín surgió a partir del proto-indoeuropeo hace unos 5.000 años).
- La evolución del lenguaje no es un proceso cultural, sino que forma parte de la evolución natural, que se produce en una escala de tiempo geológico (cientos

<sup>1</sup> A la tradición mencionada cabe añadir la aproximación a las lenguas como sistemas complejos adaptativos defendida por Simon Kirby y asociados (véase, por ejemplo, Kirby 2012).

<sup>2</sup> En lo sucesivo se recogen argumentos presentados en Mendivil-Giró (2015, 2016 y 2019b), trabajos a los que se remite para más desarrollo y referencias.

de miles/millones de años). Su principal consecuencia es la aparición de la capacidad humana del lenguaje a partir de organismos sin ella.

La tesis central de esta aportación es que no es posible explicar el origen del lenguaje humano como un proceso de cambio cultural en las lenguas de los ancestros del *Homo sapiens*, por lo que ambos procesos deben mantenerse separados<sup>3</sup>.

No cabe duda de que para explicar el cambio en la capacidad cognitiva de los seres humanos con respecto a, por ejemplo, nuestros más cercanos parientes evolutivos vivos (los chimpancés, separados de nuestro tronco común evolutivo hace unos 6 millones de años), no basta la evolución cultural y social, sino que hace falta una intensa evolución biológica en la anatomía y fisiología del cerebro, cuando menos. No hay razón para que eso no se aplique al lenguaje: para explicar la complejidad estructural de las lenguas naturales no bastan los cambios fonéticos, sintácticos y semánticos en la forma de hablar de nuestros ancestros (que es de lo que trata la lingüística histórica), sino que hace falta postular un proceso evolutivo que dé cuenta de nuestra capacidad única para aprender y usar las lenguas.

La única manera de hacer válida la pretendida vinculación (o identificación) entre la evolución del lenguaje y el cambio lingüístico es simplemente negar que haya algo en la biología humana que nos diferencie cognitivamente de otras especies, algo claramente poco plausible. Para no incurrir en ese dudoso supuesto, algunos autores (por ejemplo, Tomasello 2008, Heine y Kuteva 2007, Kirby 2012) argumentan que para explicar el hecho obvio de que solo las personas son capaces de aprender y usar las lenguas (esto es, que solo las personas tienen la facultad del lenguaje) no hace falta postular la evolución de una capacidad específica del lenguaje en los seres humanos, sino que bastaría con postular diferencias en la evolución de aspectos cognitivos generales (esto es, no específicos del lenguaje). Pero es importante notar que entonces sigue siendo evidente que la aparición de nuestra singular capacidad del lenguaje (la aparición de la “gramática” que diferencia a las lenguas humanas) implica necesariamente algún grado de evolución natural del cerebro, independientemente de si esos nuevos atributos cognitivos (y que necesariamente son el resultado de la evolución natural) son específicos del lenguaje o tienen otros usos en la cognición humana. El asunto de la especificidad para el lenguaje de esas mejoras cognitivas supuestamente generales es irrelevante (es un falso problema, como se argumenta en Mendívil-Giró 2018), puesto que si esos cambios evolutivos en la “cognición general” son lo que explica la capacidad única del lenguaje de nuestra especie, entonces son obviamente parte de la evolución de la facultad del lenguaje, que no podría describirse, por tanto, como un proceso puramente cultural.

Por supuesto, de manera más radical, podría afirmarse que las lenguas son objetos puramente culturales (como la escritura, la agricultura o el ajedrez) y que la noción de “facultad del lenguaje” es prescindible, pero entonces habría que explicar por qué tenemos un instinto para el lenguaje, pero no para la escritura, la agricultura, la democracia o el ajedrez. Que la capacidad para aprender una lengua es especial en relación con otras capacidades cognitivas humanas es un hecho objetivo. Aprender la lengua materna no es una tarea análoga a aprender, por ejemplo, a jugar al ajedrez o a cultivar algodón. Todo ser humano normalmente constituido aprende su lengua materna de manera espontánea a partir de un estímulo pobre y fragmentario, y lo hace

---

<sup>3</sup> El uso de *evolución* para el cambio biológico y de *cambio* para el cambio histórico no presupone una diferencia entre ambos términos (se puede, por supuesto, hablar de *evolución cultural*), sino que simplemente persigue evitar la confusión.

en un temprano y breve periodo de tiempo e independientemente del entorno social y educativo, de los ingresos familiares y del grado de atención que reciba de sus progenitores. Sin embargo, hace falta una dedicación específica, así como un estímulo sistemático y explícito, para aprender, por ejemplo, a usar la apertura siciliana o la defensa Benoni. Por tanto, es lícito hablar de un instinto o una facultad del lenguaje, pero no lo parece tanto hablar del instinto o de la facultad del ajedrez. Los seres humanos son (o incluyen) un “dispositivo de adquisición del lenguaje”, pero no un dispositivo de adquisición del ajedrez. La conclusión, entonces, es que de alguna forma estamos diseñados biológicamente para el lenguaje, pero no para jugar al ajedrez, lo que sugiere que es lícito hablar de la evolución de la facultad del lenguaje como un evento relevante en la evolución natural de nuestra especie.

Por tanto, lo relevante es si el paso de un organismo sin la actual capacidad humana del lenguaje a un organismo con ella fue un proceso de evolución biológica (la “teoría biológica” de la evolución del lenguaje) o fue un proceso de evolución cultural (la “teoría cultural” de la evolución del lenguaje)<sup>4</sup>. El escenario evolutivo que defiende la TEG en el seno de la “teoría cultural” implica que la evolución biológica habría proporcionado a algún linaje ancestral de nuestra especie una capacidad básica para un lenguaje primitivo (un protolenguaje o lenguaje sin gramática, *early language* para Heine y Kuteva 2007) y que después la “evolución” cultural de las lenguas (esencialmente por medio de la gramaticalización) habría ido “refinando” esa capacidad primitiva por medio de cambios lingüísticos culturales hasta alcanzar la singularidad estructural de las lenguas humanas modernas.

Así, en realidad, la “teoría cultural” segrega la evolución del lenguaje humano en dos fases. Primero una evolución biológica algo difusa, pero que es necesario postular para explicar por qué los chimpancés no pueden aprender lenguas humanas (a pesar de los intensos intentos en conseguirlo)<sup>5</sup>, y después una fase cultural en la que los procesos de gramaticalización convertirían las lenguas primitivas en las lenguas modernas. Una manera de formular esta segunda fase sería la de que se pasó de unas “lenguas” basadas únicamente en unidades léxicas a lenguas basadas en unidades léxicas y unidades gramaticales (a su vez procedentes de la evolución histórica de las primeras). Cabe señalar entonces que los dos modelos descritos dan lugar a dos concepciones diferentes de la gramaticalización: una concepción histórica y una concepción evolutiva.

### 3. Dos concepciones de la gramaticalización

La definición tradicional del concepto de gramaticalización lo presenta como un proceso de cambio lingüístico en el que se produce “l’attribution du caractère grammatical à un mot jadis autonome” (Meillet 1912). Dicha caracterización se puede considerar neutral con respecto a los dos modelos descritos en el apartado anterior.

Si adoptamos la “teoría biológica” de la evolución del lenguaje, entonces la gramaticalización es una instancia específica del proceso general de reanálisis histórico, con la peculiaridad de que en este caso una unidad de carácter léxico (por ejemplo un nombre o un verbo) es reanalizada como una unidad de carácter funcional o gramatical (por ejemplo una conjunción o una marca de caso). Pero nótese que en

---

<sup>4</sup> La “teoría biológica” corresponde esencial, aunque no exclusivamente, a la gramática generativa y en particular a la concepción del lenguaje y de su evolución de Noam Chomsky (1995, 2007, 2010). La llamada “teoría cultural” corresponde al funcionalismo lingüístico y, en general, a todos los modelos que consideran el lenguaje como una herramienta cultural de comunicación (por ejemplo, Tomasello 2008).

<sup>5</sup> Véanse, por ejemplo, Terrace at al. (1979) y Terrace (1987).

esta interpretación no se implica necesariamente la creación de la propia categoría gramatical (la categoría *conjunción* o la categoría *caso*), sino la innovación de un formante nuevo o específico para dicha categoría, que se asume preexistente.

Sin embargo, si adoptamos el punto de vista de la “teoría cultural”, cabe la opción de contemplar la que he denominado una concepción evolutiva de la gramaticalización (TEG), según la cual el proceso de gramaticalización no solo proporciona un nuevo formante (o uno alternativo) para una categoría dada, sino que crea la propia categoría. Y es en ese momento en el que el proceso de cambio lingüístico se mezcla con la evolución del lenguaje y, a partir de entonces, el término *gramaticalización* ya no designa la innovación de formas gramaticales, sino el proceso por el que un lenguaje presumiblemente no gramatical se hace gramatical, esto es, se *gramaticaliza*.

En un modelo “biológico” como el de la gramática generativa, las categorías gramaticales tradicionales (que reciben el nombre de *categorías funcionales*) son entidades formales abstractas manipuladas por la sintaxis y que determinan la interpretación semántica. La sintaxis o sistema computacional emplea esas categorías funcionales, junto con el resto de conceptos humanos, para construir nombres, verbos, denominaciones, eventos, situaciones y proposiciones. Dichas categorías (cuyo elenco es, por supuesto, objeto de investigación y controversia) se suponen universales y comunes a todos los seres humanos. Así, nociones como ‘singular’, ‘contable’, ‘dirección’, ‘procedencia’, ‘presente’, ‘pasado’, etc., se asumen consustanciales a la cognición humana e invariables en la especie. Las diferencias entre las categorías gramaticales que hallamos en las lenguas, que ciertamente son notorias, dependerían entonces no de la existencia o inexistencia de tales categorías funcionales, sino de cómo éstas se externalizan en formantes, si es que lo hacen. Así, cuando se afirma que la gramaticalización no crea la gramática, lo que se quiere dar a entender es que el proceso lo que hace es crear o modificar exponentes léxicos o formantes para las categorías gramaticales subyacentes (las categorías funcionales). En este sentido, el proceso de gramaticalización no implica que una lengua sea “menos gramatical” antes de sufrirlo que después, sino simplemente que su gramática ha cambiado.

Por el contrario, la TEG postula que una lengua es “menos gramatical” antes que después del proceso o, en otros términos, postula que la gramática de las lenguas (incluyendo la sintaxis) se crea en el proceso de gramaticalización de las unidades puramente léxicas. Así, de acuerdo con el modelo de Heine y Kuteva (2007), la transición de un estado ancestral de la facultad del lenguaje al estado moderno (esto es, la evolución del lenguaje) es el resultado de los procesos históricos y prehistóricos de gramaticalización. Para estos autores los requisitos para que se produzca la gramaticalización son solo dos: que un sistema lingüístico se use de manera regular y frecuente entre los hablantes y que pase de unos hablantes a otros<sup>6</sup>. No solo no se mencionan posibles modificaciones evolutivas del cerebro humano para alcanzar este nuevo tipo de lenguaje (“gramaticalizado”), sino que afirman los autores que su explicación de la génesis de la gramática “[does] not require any assumptions on innateness” (Heine y Kuteva 2007: 355). De hecho, aducen que la sintaxis recursiva, que probablemente (como se discute en la sección siguiente) constituye el aspecto más distintivo del lenguaje humano, también es una consecuencia de los procesos de gramaticalización en las lenguas: “grammaticalization is a prerequisite for recursive structures to arise” (Heine y Kuteva 2007: 344-345).

---

<sup>6</sup> “a linguistic system that (a) is used regularly and frequently within a community of speakers and (b) is passed from one group of speakers to others” (Heine & Kuteva 2007: 344).

Y en este punto es donde se alcanza el mayor punto de discordia entre las dos tradiciones mencionadas. El “modelo biológico” postula que lo que realmente diferencia el lenguaje humano de cualquier otro sistema de comunicación natural es la sintaxis, un atributo biológico de la especie que, por tanto, no puede ser el resultado de los cambios lingüísticos, de naturaleza cultural<sup>7</sup>. Para apreciar mejor la verdadera dimensión de la discrepancia es preciso considerar, aunque sea de manera concisa, la teoría del lenguaje que subyace al modelo biolingüístico y cómo se integran en ella los cambios lingüísticos.

#### 4. La naturaleza y variación de la Facultad del Lenguaje

Todas las lenguas humanas incluyen un sistema computacional recursivo (la sintaxis en sentido estricto) que hace posible que en todas ellas se pueda formar un número potencialmente infinito de oraciones gramaticales. Ese uso infinito de medios finitos (por usar la expresión de Humboldt que Chomsky acostumbra a citar) es posible gracias a la existencia de un sistema computacional, cifrado desde el desarrollo minimalista de la teoría (Chomsky 1995) en la operación *ensamble* (inglés *merge*). La operación de ensamble se aplica recursivamente a pares de objetos sintácticos y forma estructuras sintácticas binarias y jerárquicas de complejidad arbitraria. Dado que dicha operación no se puede aprender a partir de los datos del entorno, debe considerarse innata y, por tanto, el resultado de la evolución natural<sup>8</sup>.

Independientemente de si la operación de ensamble es o no el resultado de una mutación que modificó algún aspecto del cerebro humano (como se argumenta en Berwick y Chomsky 2016), no cabe identificar la existencia de categorías gramaticales con la existencia de una estructura sintáctica jerárquica. Las categorías o piezas gramaticales no son, por tanto, el rasgo distintivo de la facultad del lenguaje, sino que son una consecuencia de la existencia del auténtico rasgo singular o propiedad básica del lenguaje humano, el sistema computacional (véase la sección 6).

Así pues, desde el punto de vista biolingüístico, el lenguaje de nuestra especie no es únicamente un fenómeno cultural, sino que es un sistema cognitivo específicamente humano, incluyendo todos aquellos desarrollos cognitivos (y, por tanto, cerebrales) que podamos haber compartido con nuestros extintos ancestros más inmediatos. Las lenguas que hablamos los seres humanos no son lenguas que hayan cambiado (“evolucionado”) a partir de “lenguas chimpancé” o de lenguas primitivas de otras especies ancestrales (*Homo ergaster*, *Homo Heidelbergensis*, etc.), sino que se basan en atributos cognitivos humanos que son el resultado de la propia evolución biológica de nuestra especie.

Para entender cabalmente la diferencia (y la relación) entre lo que evolucionó biológicamente (la capacidad del lenguaje) y lo que cambia históricamente (las lenguas) es útil diferenciar entre dos estados diferentes de la facultad del lenguaje (FL en lo sucesivo) de una persona. Por una parte, está el *estado inicial* de la FL. El estado inicial de la FL incluiría todas las propiedades biológicas que hacen posible que cualquier ser humano, por el hecho de serlo, sea capaz de aprender y usar la lengua (o lenguas) del entorno. Un chimpancé o un loro carecen de esas propiedades, por lo que, criados en un entorno similar al de los niños, no aprenden español, inglés o japonés. Los niños sí lo hacen, de manera espontánea y tremendamente efectiva.

---

<sup>7</sup> Véase Anderson (2004) para una comparación detallada de los sistemas de comunicación de otras especies con el lenguaje humano y una argumentación de que la sintaxis es la diferencia crucial entre ellos.

<sup>8</sup> Sobre la imposibilidad de aprendizaje por inducción de la sintaxis jerárquica recursiva del lenguaje humano véanse Berwick et al. (2012) y Yang et al. (2017).

Cuando los niños alcanzan la pubertad (y aunque fueran analfabetos), ya tienen un conocimiento pleno de la gramática de su lengua materna. Han pasado del estado inicial al *estado estable* de la FL. Usando la terminología de Chomsky (1985), podemos denominar al estado estable de la FL de cada persona su *lengua interna* (lengua-i en lo sucesivo). Cada persona tiene (al menos) una lengua-i en su cerebro, que es el resultado del desarrollo del estado inicial de la facultad del lenguaje de cada individuo. La lengua-i es la FL de una persona.

Según este modelo, el estado inicial es, por definición, común a todos los miembros de la especie. Es el resultado de la evolución natural y no cambia en tiempo histórico. La lengua-i, sin embargo, no es común, sino que, en rigor, varía en cada individuo<sup>9</sup>. Una pregunta relevante es, por qué, si todos los seres humanos parten del mismo estado inicial (que es parte de su naturaleza biológica) no hablan todos la misma lengua (no confluyen en el mismo estado estable). La respuesta a esta pregunta tiene que ver con el papel de los estímulos del entorno en el proceso de desarrollo que lleva del estado inicial al estado estable. A diferencia de lo que sucede con los pulmones o con el sistema visual, el órgano del lenguaje de las personas, además de su propio programa de desarrollo, tiene un componente cultural que se aprende del entorno y que es susceptible, por tanto, de cambios históricos en la transmisión de dicho componente de generación en generación. Pero según este modelo (y a pesar de las apariencias), los cambios lingüísticos no tienen capacidad para alterar la estructura interna de las lenguas (que es común a todas ellas), sino únicamente su “superficie”. Por eso precisamente no es aceptable desde esta perspectiva que la evolución del lenguaje pueda explicarse como una sucesión de cambios lingüísticos culturales que convertirían supuestas “lenguas primitivas” en las lenguas humanas que hablamos ahora.

Por supuesto, afirmar que los cambios lingüísticos solo afectan a la “superficie” de una lengua exige definir con precisión qué es la “superficie” de una lengua. Para ello es útil considerar qué componentes forman una lengua-i. Según el conocido e influyente modelo de Hauser, Chomsky y Fitch (2002), la FL humana incluye, mínimamente, tres grandes componentes: (i) un sistema conceptual-intencional (relacionado con la interpretación semántica y pragmática), (ii) un sistema sensorio-motor (relacionado con la producción y percepción de sonidos y/o señas visuales) y (iii) un sistema computacional (la sintaxis en sentido estricto, responsable de la estructura composicional y productiva que subyace a las expresiones lingüísticas). Como queda dicho, el sistema computacional es el responsable de la propiedad básica y distintiva del lenguaje humano frente al de otras especies: la capacidad de crear un número potencialmente infinito de expresiones lingüísticas jerárquicamente organizadas partiendo de la recombinación recursiva de elementos discretos y finitos. Según esta visión, la sintaxis así entendida es el componente central del lenguaje humano y lo singulariza frente a los sistemas de comunicación de otras especies (que seguramente comparten con el lenguaje humano buena parte de los componentes conceptual-intencional y sensorio-motor).

La cuestión relevante ahora es en cuál o en cuáles de esos tres componentes de cualquier lengua-i humana (por simplificar: semántica, fonética y sintaxis) se producen los cambios lingüísticos (incluyendo la gramaticalización) que tienen como consecuencia la diversidad de las lenguas. La respuesta que pretendo dar, aunque

---

<sup>9</sup> Lo que normalmente llamamos *lengua* (inglés, japonés, etc.) es en realidad una entidad abstracta derivada de agrupar las lenguas-i por su grado de semejanza: el español es el conjunto de lenguas-i de las personas que hablan de una forma determinada, diferente a las lenguas-i de las personas que decimos que hablan inglés o japonés, etc.

pueda parecer sorprendente, es que *en ninguno de ellos*: los tres son producto de la evolución natural (o de los procesos físicos que regulan el desarrollo biológico) y, por tanto, no varían en tiempo histórico. Ninguno de ellos ha variado sustancialmente en los últimos 1.500 años, aunque en ese tiempo hemos pasado del latín al español, dos lenguas muy distintas<sup>10</sup>.

Para dar sentido a esta radical propuesta es necesario considerar cómo se relacionan entre sí esos tres componentes esenciales. Chomsky (véanse Chomsky 2007, Berwick y Chomsky, 2011 y 2016) ha propuesto que la relación entre el sistema computacional y los sistemas conceptual-intencional y sensorio-motor es asimétrica, en el sentido de que el sistema computacional (la sintaxis) habría evolucionado recientemente adaptándose al sistema conceptual-intencional, formando un *lenguaje interno del pensamiento* (LIP en lo sucesivo) destinado esencialmente a la representación de la realidad y a la creación del pensamiento<sup>11</sup>. Ese LIP, común en lo esencial a la especie (y probablemente la clave distintiva de la cognición humana), se habría conectado posteriormente al sistema sensorio-motor para la externalización y, por tanto, para la comunicación, probablemente reusando sistemas de comunicación (unión de señales-significados) más antiguos. Según esta visión, la externalización del lenguaje (un sistema de pensamiento) para la comunicación sería secundaria, y sería además (y quizá por ello mismo) un proceso expuesto a la fluctuación en el ambiente y, por tanto, susceptible de cambio y de diversificación en las diversas poblaciones humanas.

Lo que este escenario implica, entonces, es que cualquier lengua-i debe incluir también un componente procedente del entorno (esto es, internalizado), cuya misión sería la de conectar sistemáticamente las estructuras sintáctico-semánticas internas generadas por el LIP con los sistemas sensorio-motores. La idea crucial ahora es que ese componente es el único que resulta de la interiorización a partir de los estímulos del entorno (aprendizaje) y, por tanto, es el único que está expuesto al cambio y a la variación en tiempo histórico. Podemos denominar a ese componente *interfaz léxica* (que correspondería, *grosso modo*, a los ámbitos tradicionales de la fonología y la morfología).

Según este modelo, la sintaxis genera estructuras sintáctico-semánticas combinando elementos conceptuales (léxicos y funcionales) y está al servicio del pensamiento. Nótese que entonces se implica que la función esencial del lenguaje (entendido como semántica + sintaxis) sería el pensamiento, no la comunicación. La comunicación, aunque importantísima para nuestra especie, sería un uso secundario del lenguaje así definido. La conexión del LIP con el sistema sensorio-motor a través de la interfaz léxica permite entonces la externalización de los pensamientos como señales físicas (típicamente ondas sonoras) que pueden ir de un individuo a otro.

Pero para que esto sea posible es necesario establecer una vinculación entre, de una parte, representaciones sintáctico-semánticas abstractas y, de otra, el sistema sensorio-motor capaz de producir sonidos (o gestos) con movimientos musculares. Esa es la función de la interfaz léxica, que debe entenderse entonces como un ámbito de la memoria a largo plazo que proporciona una conexión estable (y específica de cada lengua) entre los elementos conceptuales (semánticos) tal y como los construye el

---

<sup>10</sup> Dado que otros organismos mucho más antiguos que los seres humanos disponen de sistemas conceptual-intencionales y sensorio-motores similares a los humanos, el modelo chomskiano asume que el componente más reciente en su evolución es el computacional (que habría emergido hace unos 120.000/80.000 años, véase Berwick y Chomsky 2016).

<sup>11</sup> “The earliest stage of language would have been just that: a language of thought, used internally” (Chomsky 2007: 13).

sistema computacional (la sintaxis) y, de otra, los sistemas sensorio-motores que procesan y producen las señales lingüísticas materiales que perciben y producen los seres humanos cuando usan el lenguaje para la comunicación. Así pues, toda lengua (en tanto que lengua-i) es un sistema de conocimiento formado por un sistema conceptual-intencional y un sistema computacional comunes a la especie humana que se asocian a un sistema sensorio-motor, también uniforme en lo esencial en la especie, por medio de una interfaz léxica que, al adquirirse del entorno, está expuesta a cambio y variación y, por tanto, difiere en cada comunidad lingüística (en realidad, en cada individuo).

Es útil concebir la interfaz léxica como un repertorio de exponentes (morfemas, palabras, construcciones) que emparejan sistemáticamente estructuras sintácticas abstractas y sonidos (esto es, que “traducen” las primeras en los segundos). Como en cada lengua esos exponentes pueden ser diferentes (por ejemplo, pueden corresponder a fragmentos diferentes de estructura), podemos decir que la interfaz léxica (el “código” para vincular pensamientos y sonidos) es el responsable de la diversidad léxica y gramatical de las lenguas<sup>12</sup>.

La razón por la que los exponentes usados para externalizar el lenguaje pueden ser diferentes en diferentes comunidades de habla es que esos exponentes sí son entidades culturales que se transmiten de generación en generación<sup>13</sup>. Según este modelo, aprender la “lengua” del entorno implica en realidad la tarea (no trivial) de aprender a externalizar el LIP de la misma manera en la que lo hacen los demás miembros de la comunidad lingüística. Y esa tarea se resume en la interiorización o aprendizaje de los exponentes que integran la interfaz léxica. Es en este proceso en el que se pueden producir los desajustes entre forma y estructura que tradicionalmente se conocen en lingüística histórica como *reanálisis*. El reanálisis debe entenderse en este contexto como una alteración de la relación entre una estructura subyacente y una expresión lingüística (un formante o exponente del léxico-i), que es precisamente lo único que el cambio lingüístico puede alterar.

Desde este punto de vista, parece claro que la pretensión de que los procesos de gramaticalización serían los responsables de la aparición de la sintaxis característica de las lenguas humanas carece de sentido, dado que los cambios lingüísticos no pueden alterar de ninguna manera los componentes de la FL que no han sido aprendidos ni inducidos del entorno y que están biológicamente determinados.

## 5. Problemas de la teoría evolutiva de la gramaticalización

La lógica de la TEG es, en principio, sólida y atractiva. Por una parte, como también señala Elvira en su aportación, la lingüística histórica ha establecido claramente que las formas gramaticales tienden a proceder etimológicamente de categorías léxicas (véase Heine y Kuteva 2002 para una recopilación de unos 400 procesos de gramaticalización en más de 500 lenguas)<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> Véase Mendívil-Giró (2019a) para una articulación específica de este modelo. En general, la llamada nanosintaxis (véase Baunaz y Lander 2018 para una presentación general) es un modelo que propone una articulación de la gramática coherente con esta visión y que desarrolla el formato adecuado de las entradas léxicas.

<sup>13</sup> De hecho, la identificación de las interfaces léxicas con las lenguas enteras es quizá la clave de las diferencias entre las dos concepciones del lenguaje reseñadas en esta aportación.

<sup>14</sup> Nótese, sin embargo, que, como señala Norde, “in well-studied language families such as Indo-European, Uralic, Dravidian, Semitic, the vast majority of bound morphemes cannot be traced back to some lexical source” (Norde 2009: 105).

Por otra parte, ello parece encajar bien con la idea intuitiva (habitual tanto en el ámbito funcionalista como generativista<sup>15</sup>) de que en la evolución del lenguaje humano las unidades léxicas sustantivas (nombres, verbos, adjetivos) debieron preceder evolutivamente a los operadores gramaticales (preposiciones, conjunciones, determinantes, cuantificadores, etc.) que empleamos para unir entre sí e interpretar las entidades conceptuales designadas por las unidades léxicas mayores. Según esa visión, las categorías gramaticales procederían de un proceso histórico de abstracción (de “sublimación”, por así decirlo) de los significados más concretos y “tangibles” de las palabras léxicas, lo que invita, como hemos visto, a la estipulación de que el mecanismo por el que surgió el lenguaje humano moderno es exactamente el mismo mecanismo por el que un nombre o un verbo se reanalizan como una preposición o un sufijo derivativo en las lenguas documentadas. A todo ello cabe añadir que los procesos de gramaticalización parecen ir más allá del reanálisis tradicional, en el sentido de algunos crean nuevas categorías gramaticales que no existían en el estado lingüístico anterior.

Sin embargo, la hipótesis que sustenta la TEG se enfrenta a dos serias dificultades. La primera tiene que ver con el hecho de no hay evidencia de que las lenguas más antiguas a las que tenemos acceso (por documentación o por reconstrucción) fueran “menos gramaticales” que las lenguas más recientes, ni de que existan hoy categorías gramaticales que no existieron en el pasado. La segunda dificultad tiene que ver con el hecho de que la explicación de cómo surge un exponente para una determinada categoría gramatical no necesariamente explica cómo surge esa categoría en la mente de las personas, ni explica las propiedades semánticas y formales que tiene.

Respecto de la primera dificultad, cabe señalar que el razonamiento que subyace a la hipótesis de la TEG es similar al de los cosmólogos modernos: puesto que detectamos que los cuerpos celestes se están alejando entre sí, esto es, que el universo se expande, podemos deducir que en el pasado estaba menos expandido y, dado un tiempo retrospectivo suficiente, postular que en realidad toda la materia estaba condensada en un punto a partir del cual empieza a expandirse. Se trata, obviamente, de la teoría del *Big Bang*, la explicación generalmente admitida sobre el origen del universo tal y como lo conocemos. Muchas otras razones, entre ellas la detección de la llamada radiación de fondo (que habría sido emitida en el momento de la explosión inicial y que aún podemos captar con la misma intensidad en todos los rincones del universo), sugieren que la hipótesis es razonablemente correcta. Trasladado el razonamiento a la evolución de las lenguas, podríamos concluir que, puesto que observamos que históricamente las lenguas se están gramaticalizando (el cambio *léxico* > *gramatical* es mucho más frecuente que el cambio *gramatical* > *léxico*), podemos postular que las lenguas más antiguas serían menos gramaticales y, dado un tiempo suficiente, que encontraríamos lenguas sin gramática (las supuestas lenguas primitivas, ancestros evolutivos de las actuales). Sin embargo, no hay nada parecido a la detección de la radiación de fondo en la evolución histórica de las lenguas, ni hay evidencia empírica alguna de que realmente las lenguas actuales sean más gramaticales que las lenguas más antiguas (esto es, no tenemos razones para pensar que “el universo se expanda”)<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Tal es el caso de la influyente teoría del protolenguaje de Bickerton (1990).

<sup>16</sup> Así lo ha señalado Nichols en un examen comparativo de la diversidad de las lenguas en el pasado y en el presente: “This survey has uncovered no evidence that human language in general has changed since the earliest stage recoverable by the method used here. There is simply diversity, distributed geographically. The only thing that has demonstrably changed since the first stage of humanity is the geographical distribution of diversity” (Nichols 1992: 277).

Para salvar ese serio obstáculo, Heine y Kuteva (2007) postulan la existencia de un *early language*, un supuesto estado ancestral de las lenguas humanas, anterior a los límites más antiguos a los que alcanza la documentación histórica y la reconstrucción científica de las lenguas, que carecería de gramática. Pero es evidente que, dado que el *early language* está postulado, el razonamiento es circular y la hipótesis, por tanto, queda huérfana de sustento empírico.

Si demostráramos que el universo en realidad no se expande (esto es, que las galaxias no se alejan entre sí) y careciéramos de la radiación de fondo, entonces no quedaría ninguna razón para seguir apoyando la teoría del *Big Bang*. Por supuesto, dicha teoría hace impresionantes predicciones sobre el comportamiento y propiedades del universo, y por ello se mantiene como la explicación más sólida de entre las disponibles. Sin embargo, la TEG hace predicciones que, por lo que sabemos, no se cumplen.

Así, un modelo evolutivo de la gramaticalización predice (i) que las lenguas más recientes deberían tener categorías gramaticales inexistentes en las lenguas más antiguas (en las que no habría habido tiempo suficiente para su evolución); (ii) que las lenguas más antiguas deberían tener menor número y un tipo menos variado de categorías gramaticales y (iii) que no deberían existir tipos comunes de categorías gramaticales inter-lingüísticamente, sino que cada lengua o familia debería tener tipos peculiares.

Esta última predicción es compleja de evaluar, puesto que depende de la noción de categoría gramatical que se emplee. Haspelmath (2007), por ejemplo, considera que cada lengua tiene sus propias categorías gramaticales y que, por tanto, nociones como “caso dativo” no son aplicables a dos lenguas diferentes. Este punto de vista, razonable si consideramos que la historia singulariza los formantes gramaticales de cada lengua, no puede cuestionar que, en general, los tipos de categorías gramaticales que descubrimos en el estudio de ciertas lenguas sean aplicables a lenguas de otros tipos. Si la configuración de las categorías gramaticales fuera puramente histórica, como lo es, por ejemplo, la relación entre significado y significante, deberíamos esperar que al igual que un diccionario de turco no nos es muy útil para entender el quechua, las categorías gramaticales de una gramática del turco no nos sirvieran para analizar el quechua, pero no es el caso (para un argumento en esta línea, véase Baker 2001)<sup>17</sup>.

Las predicciones (i) y (ii) son erróneas, salvo que recurramos al supuesto *early language* o protolenguaje como prueba. De hecho, las predicciones (i) y (ii) permiten hacer una más: (iv) las lenguas criollas no deberían tener categorías gramaticales, dado que tienen una historia muy reciente. Y es cierto que, en términos generales, las llamadas lenguas criollas tienen un menor número de las tradicionales categorías gramaticales, esencialmente debido a que típicamente son lenguas con una morfología menos compleja (véase McWorther 2011). Pero, a diferencia de los *pidgins* de los que (supuestamente) derivan, las lenguas criollas, muchas de ellas de menos de doscientos años de antigüedad, presentan ciertas categorías gramaticales (conjunciones, pronombres, marcadores de tiempo, modo y aspecto) usualmente derivadas del reanálisis de categorías léxicas de las lenguas de superestrato que, supuestamente, deberían tardar muchos más años en evolucionar si el procedimiento fuera el mismo

---

<sup>17</sup> Por otra parte, si se argumenta que las categorías gramaticales confluyen en las diversas lenguas porque están canalizadas por la cognición humana, entonces se está formulando una hipótesis innatista como la que se pretende descartar.

que observamos en las lenguas con historia documentada de miles de años, con cambios mucho más graduales y sutiles en la evolución de sus formas gramaticales<sup>18</sup>.

Las lenguas criollas son pues ellas mismas argumentos directos en contra de la hipótesis de que la creación de categorías gramaticales se pueda explicar como un proceso histórico de cambio gradual. Pero también es importante tener en cuenta lo que, en efecto, las lenguas criollas no suelen tener: flexión verbal, sistemas de concordancia, construcciones pasivas o alternancias de marcación ergativa de caso. Todas estas carencias, que comparten muchas lenguas que no son criollas, apuntan claramente al tipo de fenómeno que es realmente el resultado de la gramaticalización entendida como reanálisis histórico: no las categorías gramaticales en sí, sino la creación de los exponentes gramaticales que generan ese tipo de complejidad morfológica (esencialmente morfemas ligados y fusión) que solo la historia puede proporcionar.

Dahl (2004) ha mostrado que la dinámica habitual del cambio lingüístico produce un incremento en la complejidad morfosintáctica (que el autor denomina *madurez*) hasta un punto crítico en el que se estabiliza. La “madurez” de las lenguas se mide en términos de elementos que implican una historia derivativa previa, esto es, elementos que solo se pueden explicar por medio de cadenas históricas evolutivas, tales como la morfología flexiva, las desinencias, los tonos fonológicos o las marcas de caso. En ese sentido, podría aceptarse que los procesos de gramaticalización hacen “más gramaticales” a las lenguas, pero solo en el sentido de que ciertas lenguas puedan tener un tipo específico de complejidad morfológica (esto es, que sean “maduras” en el sentido de Dahl). Así pues, la historia es necesaria para que haya ciertos tipos de formantes gramaticales, pero no para que haya gramática ni categorías gramaticales (categorías funcionales).

Por su parte, como ha mostrado McWhorter (2011), esa complejidad morfológica, esa acreción histórica, es la que típicamente se pierde cuando las lenguas, en ciertos periodos de su historia, son aprendidas masivamente por hablantes adultos, lo que no implica que las lenguas resultantes de esos procesos (lenguas como el chino, el inglés o las propias lenguas romances, de acuerdo con la hipótesis de McWhorter) sean lenguas con “menos gramática” o “más primitivas” que sus ancestros genéticos (el chino arcaico, el protogermánico o el latín)<sup>19</sup>.

He sugerido al concluir el apartado anterior que según el modelo biolingüístico del lenguaje el mecanismo esencial del cambio es el reanálisis, entendido como una alteración de la relación entre una estructura subyacente (semántico-sintáctica) y una expresión lingüística (un formante o exponente morfológico-fonológico de la interfaz léxica), que es precisamente lo único que, según dicho modelo, el cambio lingüístico puede alterar (véase Mendivil-Giró 2015 para una argumentación en detalle). En el caso de la gramaticalización, la alteración implica que el exponente que se empleaba para externalizar una categoría léxica pasa a emplearse para externalizar una estructura que incluye una categoría funcional (o que consiste solo en ella).

---

<sup>18</sup> Como señalan Heine y Kuteva: “It takes, as a rule, centuries before a new functional category evolves [...], and the time until such a category runs its full course, turning into an inflectional affix may be in the range of one millennium or more” (Heine y Kuteva: 2007: 339).

<sup>19</sup> El argumento de McWhorter (2011) se basa en la idea de que los cerebros infantiles son capaces de interiorizar la compleja morfología que típicamente acumulan las lenguas, y que parte de esa morfología se pierde cuando una lengua es aprendida masivamente por hablantes adultos (como una L2), puesto que los cerebros adultos son menos aptos para ese tipo de aprendizaje al haber rebasado el período crítico para la adquisición de la L1.

La principal objeción que hacen los partidarios de la TEG a la interpretación de la gramaticalización como un proceso de reanálisis es que en tal modelo se asume que la gramaticalización, a diferencia del reanálisis, es un proceso creativo, esto es, capaz de crear unidades o categorías previamente inexistentes en la lengua objeto de análisis. Este carácter creativo es, obviamente, un requisito imprescindible de una teoría evolutiva del cambio lingüístico. Y precisamente en el carácter creativo de la gramaticalización radica su segundo problema.

## 6. ¿Gramática *ex nihilo*?

Consideremos un caso típico de lo que se ha llamado *gramaticalización pura* (la creación de una categoría inexistente en la lengua), como puede ser el de la evolución de los artículos definidos en español, para mostrar que la gramaticalización no es sino reanálisis, esto es, un proceso que crea un nuevo formante o exponente para una categoría preexistente. Como señala Elvira (2015) en su detallada revisión de este proceso, la función esencial del artículo definido es la de indicar que el referente de una expresión nominal es accesible al oyente a través de los datos del contexto, lo que permite restringir el conjunto de posibles referentes de dicha expresión. La lengua latina carecía de artículos, pero eso no significa que no se pudieran construir expresiones definidas específicas en dicha lengua. De hecho, como también señala Elvira (2015), otras unidades gramaticales (como los demostrativos y los posesivos) pueden desempeñar eventualmente el papel de determinantes. Lo especial del artículo sería entonces que tendría la función de determinación como tarea primordial y exclusiva. Pero en tal caso, si en latín clásico y en otras muchas lenguas (antiguas y modernas) en las que no hay artículos definidos también se pueden obtener expresiones definidas, cabe sospechar que la categoría de ‘definitud’ (llamémosla D) también existe en la mente de los hablantes de esas lenguas, aunque no tenga un exponente específico<sup>20</sup>. Por tanto, podría considerarse que en latín clásico, a pesar de no haber determinantes del tipo de los artículos definidos, sí podía existir la categoría D (lo que explicaría que expresiones latinas como *Arma virumque cano* se interpretaban como ‘canto a *las* armas y *al* hombre’ y así se traducen al español y a otras lenguas, con artículos definidos y no con nombres desnudos). El propio Elvira menciona en su revisión del proceso de gramaticalización del artículo (que procede del demostrativo latino *ille* ‘este’) que su aparición en las lenguas romances es sensible a la pérdida de los casos morfológicos. De hecho, también se hace eco de la correlación tipológica que suele haber entre la ausencia de artículos y la presencia de morfología rica de caso, y asume que la ausencia de caso morfológico sería una de las condiciones que favorece el desarrollo del artículo en las lenguas romances. Es plausible entonces que fueran los morfemas de caso latinos los que materializaban (junto con otras) la categoría D en esta lengua. Si las marcas de caso sufijadas en los nombres latinos materializaban los rasgos de D, es esperable que la pérdida de los casos morfológicos abriera un camino para el reanálisis de otros elementos adnominales (por ejemplo demostrativos) como instancias de D. Nótese que, al margen ahora de los complejos detalles del proceso, se abre un camino para mostrar que la creación de un nuevo exponente gramatical (el artículo definido a partir de un demostrativo) no implica necesariamente la creación de una nueva categoría

---

<sup>20</sup> Nótese, por ejemplo, que los nombres propios son expresiones definidas por antonomasia. En español y en otras muchas lenguas (como, por supuesto, en latín) los nombres propios se interpretan como sintagmas nominales definidos y no requieren artículo (aunque en algunas variantes del español sí lo hacen, así como sucede normalmente en otras lenguas, como el catalán).

gramatical, a no ser, claro está, que definamos *categoría gramatical* como ‘exponente morfológico de una categoría funcional’.

Aún podría alegarse desde el punto de vista de la TEG que su opción es superior, dado que explica cómo surge no solo el determinante, sino, con él, también la determinación, mientras que la opción contraria tiene que asumir la preexistencia de D. Eso puede parecer razonable, pero para ello habría que demostrar que realmente los procesos de cambio lingüístico crean las categorías funcionales, algo notablemente más difícil que mostrar cómo se crean sus exponentes morfológicos.

Volvamos a la idea intuitiva de que lenguaje “primitivo” debió de consistir en unidades léxicas sin gramática y que el lenguaje “moderno” deriva de éste a través de la gramaticalización. Debe notarse que incluso aunque se pudiera sostener alguna visión de que el ancestro evolutivo de nuestro lenguaje (digamos, por ejemplo, el lenguaje de nuestros ancestros de hace 500.000 años, previos a la especie *Homo sapiens*), estaba constituido solo por algún tipo de unidades léxicas denotativas (como sugiere también el modelo del protolenguaje de Bickerton 1990 y consideramos más adelante), en modo alguno se sigue la idea de que el proceso histórico de gramaticalización podría ser la explicación de la evolución del lenguaje en nuestra especie.

En primer lugar, recordemos que la gramaticalización, en sí misma, no puede explicar la estructura sintáctica jerárquica recursiva que caracteriza al lenguaje humano. Pero, además, las unidades léxicas mayores (nombres y verbos) que típicamente se aducen como “fuentes” de las categorías gramaticales, ya son en sí mismas, también, categorías gramaticales, no puros significados léxicos unidos a sonidos. De hecho, lo más parecido a unidades léxicas que los etólogos han encontrado en el reino animal (véase Anderson 2004 para una revisión detallada de la bibliografía al respecto) tienen propiedades semánticas muy diferentes a las palabras en las lenguas humanas. Como señalan Berwick y Chomsky (2016), la singularidad del lenguaje humano probablemente no radique únicamente en la propiedad básica cifrada en la operación de ensamble, sino también en la naturaleza de las unidades o átomos sintácticos conceptuales que ensamble combina y recombina. En efecto, en el lenguaje humano, a pesar de las apariencias, las palabras no están ligadas a entidades de la realidad externa al cerebro, incluyendo los nombres comunes como *casa*, *libro* o *río*<sup>21</sup>. Las palabras humanas son “dependientes de la mente” (*mind-dependent*), no de la realidad externa. Así, los ítems léxicos humanos que la sintaxis combina no se pueden explicar como originados en señales de un sistema de comunicación en los que hay una conexión entre un concepto y un objeto del mundo: “even the simplest words and concepts of human language and thought lack the relation to mind-independent entities that appears characteristic of animal communication” (Berwick y Chomsky 2016: 84)<sup>22</sup>.

La hipótesis de que la operación ensamble surgió en relación con el sistema conceptual para formar un nuevo lenguaje interno del pensamiento depende lógicamente de la evolución previa (o simultánea) de esos conceptos dependientes de la mente que funcionan como átomos computacionales (y que incluirían tanto los significados léxicos como los de las categorías funcionales), y que tampoco parecen

---

<sup>21</sup> “The atomic concepts of human language do not pick out entities of the extramental world. There is apparently no notion ‘reference’ or ‘denotation’ for human language, though there are of course actions of referring and denoting” (Chomsky 2016: 98).

<sup>22</sup> Como señalaba la célebre primatóloga Jane Goodall, citada por Berwick y Chomsky (2016: 85), para los chimpancés “the production of a sound in the absence of the appropriate emotional state seems to be an almost impossible task”.

tener análogo (ni homólogo) en el resto de los animales. La medida en que el surgimiento de la capacidad de ensamble pueda ser responsable también de las propiedades de los átomos computacionales es difícil de precisar en ausencia de una caracterización más detallada de tales elementos<sup>23</sup>.

Por supuesto, no sabemos cómo eran las “lenguas” que hablaban nuestros ancestros de hace 500.000 o 300.000 años (si es que hablaban), pero parece arriesgado afirmar que tendrían un lenguaje como el nuestro (con nombres y verbos, por ejemplo) pero sin categorías gramaticales, puesto que las propias nociones de nombre y verbo ya implican gramática (y sintaxis) en sí mismas<sup>24</sup>. Para imaginar un lenguaje primitivo o protolenguaje sin gramática no habría que partir de nombres, verbos o adjetivos (entidades ya gramaticales), sino de entidades conceptuales sin categoría gramatical (raíces). Después habría que postular que, a través de los cambios lingüísticos, otras entidades sin categoría, por ejemplo las correspondientes a ‘objeto’ o a ‘evento’, o a ‘estado’, etc., se adjuntaron a aquellas y al final se convirtieron ellas mismas en asignadores de categoría (las categorías gramaticales N, V, etc.), y que, a partir de un momento dado, todos los conceptos se iban asociando obligatoriamente a una categoría de ese tipo y, combinándose entre sí y gramaticalizándose más, iban dando lugar a otras categorías gramaticales, como pronombres, determinantes, auxiliares, etc. Pero este modelo (entre otras deficiencias) está asumiendo sin mayor justificación que los procesos de cambio lingüístico pueden convertir el significado de una raíz en una conjunción copulativa (un operador) o en un elemento relacional como una marca de caso. Además, también parece asumirse que, por ejemplo, el concepto de ‘piedra’ es previo al concepto de ‘objeto’, o que el concepto de ‘dolor’ es previo al concepto de ‘sensación’, etc. Ahora bien, qué podrían significar ‘piedra’ o ‘dolor’ para un organismo incapaz de manejar el concepto de ‘objeto’ o de ‘sensación’, queda sin explicación. Si el concepto humano de ‘piedra’ no puede ser anterior al concepto de ‘objeto’, entonces es cuestionable asumir que las categorías léxicas denotativas preceden necesariamente a las categorías funcionales. Para que exista un tipo de pensamiento como el humano (algo que sea interesante comunicar) no hacen falta solo conceptos “léxicos” como ‘piedra’, ‘mano’, o ‘hambre’, sino también conceptos más abstractos (los que corresponden a las categorías funcionales) que permitan la denotación, la referencia, la predicación, la subordinación, etc., esto es, la conexión composicional entre ellos. Si el pensamiento precedió a su propia externalización, no tiene sentido afirmar que el origen de la sintaxis (que es la que permite el pensamiento) esté en la gramaticalización histórica de las unidades léxicas denotativas. Esta opción nos llevaría a la paradoja de afirmar que la complejidad del código de comunicación es anterior a la complejidad de los mensajes a comunicar.

## 7. ¿Por qué existe la gramaticalización? Una especulación final

Según el modelo biolingüístico adoptado en esta aportación, la gramaticalización no es evolutiva, sino histórica: crea exponentes de categorías funcionales a partir del

---

<sup>23</sup> Tanto Chomsky (2007) como Sigurdson (2011) presentan especulaciones sobre el origen y naturaleza de las categorías funcionales como partes de la cognición humana y en relación con la capacidad computacional. Golson (2018) presenta un intento de relacionar algunas de ellas con elementos cognitivos de otras especies.

<sup>24</sup> Consideremos las palabras latinas *dolor* y *doleo* (por tomar un ejemplo ya discutido por los gramáticos especulativos de la Edad Media). Es posible que las dos compartan un núcleo conceptual, que equivaldría a lo expresado por la raíz (digamos *dol-*), pero no puede afirmarse que solo constan de ese significado conceptual, sino que tienen una estructura interna que explica su diferente interpretación.

reanálisis de exponentes de categorías léxicas, pero no crea categorías funcionales a partir de categorías léxicas.

Aún con todo, sigue siendo intrigante (y ciertamente necesitado de explicación) el hecho sólidamente constatado por la lingüística histórica (a pesar de las reservas expresadas por algunos especialistas, como hemos visto) de que la fuente diacrónica de los exponentes gramaticales sean típicamente los exponentes de las categorías léxicas. Como concluye Elvira en su aportación en este volumen, “las piezas de la gramática tienen un carácter esencialmente derivado, no son primitivos diacrónicos, se han desarrollado en tiempos históricos y tienen su fundamento genético último y esencial en las categorías léxicas”, una afirmación que podría considerarse acertada si se refiere a los exponentes de las categorías funcionales, pero no, por las razones señaladas, si se refiere a las propias categorías funcionales.

Partiendo entonces de la idea de que lo que la gramaticalización crea son los exponentes de las categorías funcionales (“las piezas de la gramática”), sigue siendo un misterio por qué las unidades léxicas tienen típicamente exponentes “diacrónicamente primitivos” y las categorías funcionales (al menos en apariencia) los tienen “diacrónicamente derivados” de los primeros. Resolver este enigma, en lo que se me alcanza, es algo que solo puede hacerse especulativamente y con pocas expectativas de falsación empírica.

La especulación que deseo plantear al respecto entronca con la intuición básica de la TEG y de la teoría del protolenguaje de Bickerton (1990) de que el sistema de comunicación de los ancestros evolutivos de los seres humanos debió de constar de una competencia léxica básica: la capacidad de vincular estados internos y externos con señales físicas (sean sonidos, gestos o una combinación de ellos)<sup>25</sup>. Sin embargo, a diferencia de las teorías de la evolución del lenguaje que consideran estos sistemas de comunicación como los antecedentes evolutivos del lenguaje humano, la hipótesis que deseo plantear (siguiendo el modelo de evolución del lenguaje desarrollado en Berwick y Chomsky 2016) implicaría que el lenguaje humano moderno no es una evolución de esos sistemas de comunicación, sino un proceso independiente, relacionado con la idea tradicional de que el lenguaje es primariamente un sistema de pensamiento. Tales sistemas, si acaso, serían los antecedentes evolutivos de los mecanismos de externalización del lenguaje interno, pero no del lenguaje en sí.

El lenguaje humano, como hemos visto en la sección 4, se singulariza por la presencia de un sistema computacional (la operación de ensamble), un sistema recursivo capaz de crear estructuras jerárquicas binarias de manera ilimitada. Este sistema no puede ser adaptativo desde el punto de vista comunicativo, aunque solo sea porque un sistema de comunicación ilimitado requiere previamente de un pensamiento ilimitado<sup>26</sup>. Así, siguiendo la hipótesis de Chomsky (2007), podría conjeturarse que el sistema computacional estaría optimizado para la relación con el sistema conceptual-intencional, esto es, que evolucionó para el pensamiento

---

<sup>25</sup> Son muchos los modelos de la evolución del lenguaje que insisten en el carácter multimodal de la comunicación lingüística humana (véase Wacewicz et al. 2020). Estos sistemas léxicos básicos son relativamente comunes en otras especies y pueden ser desarrollados por chimpancés adultos entrenados para ello (véase Anderson 2004), pero en modo alguno, como hemos visto, equivalen a la capacidad léxica de los seres humanos.

<sup>26</sup> El análisis de la sintaxis de las lenguas humanas muestra que hay un conflicto entre la eficiencia computacional (pensamiento) y la eficiencia en la comunicación (pronunciación, comprensión) y parece que la sintaxis favorece la primera, en detrimento de la segunda. Esto parece hacer plausible que el lenguaje está primariamente al servicio del pensamiento (LIP) y que la externalización es secundaria. Como señalan Berwick y Chomsky, “these results suggest that language evolved for thought and interpretation: it is fundamentally a system of meaning” (2016: 101).

(formando el LIP referido). Los individuos dotados del LIP sí tendrían claras ventajas adaptativas, lo que explicaría el éxito de esa innovación evolutiva en la plausiblemente reducida población de la que todos somos descendientes. Una vez que tal rasgo (la capacidad de crear pensamientos complejos por medio de la interacción entre el sistema conceptual y la sintaxis) es común en la población, sería más plausible que la capacidad para externalizar el LIP a través del sistema sensorio-motor (la comunicación) fuera también un rasgo adaptativo, o al menos favorecido<sup>27</sup>.

Es quizá en este momento de externalización cuando puede ser relevante la conexión entre el LIP y los sistemas de comunicación básicos ancestrales todavía presentes en la especie. Si organismos dotados de un nuevo “pensamiento sintáctico” se ven inclinados a externalizar esos pensamientos por medio de señales físicas, es esperable que se empleen o se coopten sistemas de comunicación ancestrales disponibles (esto es, alguna forma de protolenguaje basada en la capacidad léxica básica). Nótese que la externalización del LIP implica convertir complejas estructuras jerárquicas de constituyentes (que son las que determinan la interpretación semántica de las oraciones) en secuencias lineales planas de sonidos. Un sistema ancestral de comunicación basado en secuencias lineales podría pues servir de cauce inicial para externalizar esos nuevos significados complejos, pero obviamente no está diseñado para ello. Y una de las carencias fundamentales de tal sistema serían las categorías funcionales, entidades conceptuales propias del pensamiento interno, y que, por tanto, carecerían sistemáticamente de formantes adecuados en el sistema comunicativo existente.

En ese contexto es esperable que se produzcan entonces procesos de gramaticalización, esto es, procesos de reanálisis de exponentes de categorías léxicas como exponentes de categorías funcionales. Si hay que externalizar una estructura compleja (consistente en entidades léxicas y funcionales) empleando un sistema de comunicación ancestral que carece de los exponentes necesarios, es esperable que algunos de esos exponentes “léxicos” se adapten para representar a categorías funcionales. El hecho de que las lenguas muestren de forma tan diferente y con diversa intensidad las categorías funcionales (como en el ejemplo de D en lenguas como el latín o el español) sería por tanto una consecuencia de que la gramaticalización es una instancia más de los procesos ordinarios de cambio lingüístico.

Una prueba muy indirecta (e igualmente especulativa) de este escenario podría ser el surgimiento en una generación de lenguas criollas a partir de pidgins (Bickerton 1990) o el surgimiento de lenguas de signos a partir de sistemas de señas domésticos básicos o de señas para la enseñanza de las lenguas orales (véanse Goldin-Meadow 2005 y Sandler et al. 2005). Siguiendo la interesante argumentación de Bickerton (1990), podría decirse que, aunque el sistema de comunicación de nuestros ancestros no se fosilizó, sí podríamos hacernos una idea de cómo era considerando los posibles “fósiles vivos” del mismo. Se refiere Bickerton a aquellos casos en los que los individuos, por diversas razones, no usan o no pueden usar el componente sintáctico “moderno” del lenguaje: casos de agramatismo por lesiones cerebrales, uso de lenguas *pidgin* o de contacto, uso del lenguaje en niños de hasta 2 años, el desarrollo imperfecto del lenguaje por falta de estímulo (como en el célebre caso de Genie y

---

<sup>27</sup> Berwick y Chomsky (2016) cuestionan que la externalización del lenguaje interno del pensamiento resultante de la evolución del cerebro capaz de implementar ensamble requiera evolución biológica. Por esa razón se explicaría, según su argumento, que la manera en que se establece esa conexión sea insegura, variable y, por ello, diferente en cada lengua.

otros “niños salvajes”) o el propio “lenguaje” desarrollado por chimpancés y bonobos entrenados<sup>28</sup>.

El caso más accesible y estudiado es el de las lenguas criollas derivadas a partir de *pidgins* o lenguas de contacto (el caso analizado por Bickerton es el de los criollos de plantación). Dado que un *pidgin* no es una lengua natural, sino una lengua de contacto (simplificada o “macarrónica”), podría servir de equivalente de un sistema de comunicación primitivo (análogo al de otras especies animales). Cuando los hijos de los esclavos, dotados del estado inicial de la FL, aprenden a hablar con el estímulo ambiental del *pidgin* desarrollan como lengua materna un sistema que es claramente más complejo gramatical y sintácticamente que el *pidgin* ambiental (la llamada *lengua criolla*). Superficialmente, las emisiones en lengua criolla y en el *pidgin* del que derivan pueden parecer similares, pero su estructura es muy diferente. Habría una aparente continuidad histórica que oculta una profunda discontinuidad cognitiva, esto es, una diferencia análoga a la que encontraríamos en el paso de un lenguaje no humano a un lenguaje humano<sup>29</sup>.

Por seguir especulando, podríamos imaginar que, si pudiéramos asomarnos en el tiempo y presenciar las interacciones lingüísticas de las primeras generaciones de humanos dotados de la facultad del lenguaje moderna, observaríamos personas usando (aparentemente) un sistema ancestral de comunicación (quizá un sistema de llamadas), pero que ocultaría una estructura compleja y nueva, procedente del lenguaje interno del pensamiento. En tal circunstancia sería esperable que ciertas piezas léxicas fueran sistemáticamente (y quizá inevitablemente) cooptadas como exponentes de categorías funcionales específicas del lenguaje interno del pensamiento, esto es, ya habrían empezado los procesos de gramaticalización que nos siguen fascinando (y confundiendo) hasta hoy.

## 8. Conclusión

La respuesta final a la pregunta que motiva esta aportación (esto es, si existiría la gramática si no hubiera gramaticalización) es afirmativa: sí existiría, porque la gramática (la estructura formal de las lenguas) es una parte consustancial de la facultad del lenguaje, y ésta es resultado de la evolución natural, y no de los cambios en la forma de hablar a lo largo del tiempo. Aunque no hubiera gramaticalización, tampoco habría lenguas sin gramática o lenguas con gramáticas primitivas o menos desarrolladas. Sin embargo, también es posible concluir que la tipología gramatical de las lenguas, tal y como la conocemos, sería muy diferente.

José-Luis Mendívil-Giró  
Departamento de Lingüística y literaturas hispánicas  
Área de Lingüística General  
Universidad de Zaragoza  
Facultad de Filosofía y Letras  
C/ Pedro Cerbuna 12  
50009 Zaragoza, Spain

---

<sup>28</sup> Nótese que en todos esos casos parece que estaríamos ante sistemas de comunicación consistentes, al menos superficialmente, en una relación entre el sistema conceptual-intencional y el sistema sensorio-motor, pero en ausencia de un sistema computacional. Es lo que he denominado en el texto una capacidad léxica básica al servicio de la comunicación, no del pensamiento.

<sup>29</sup> Nótese que los casos de las lenguas criollas y de las lenguas de signos no son tan diferentes de cualquier caso normal de adquisición de la L1: en todas las ocasiones se desarrolla un sistema de conocimiento (una lengua-i) con una complejidad que no está presente en los estímulos del entorno.

## Referencias

- Anderson, S. R. 2004. *Doctor Dolittle's Delusion. Animals and the Uniqueness of Human Language*. New Haven / Londres: Yale University Press.
- Baunaz, Lera y Eric Lander 2018. Nanosyntax. The Basics, en L. Baunaz, K. De Clercq, L. Haegeman y E. Lander (Eds.), *Exploring Nanosyntax*. Oxford: Oxford University Press, 3-56. <https://doi.org/10.1093/oso/9780190876746.001.0001>
- Berwick, R. C. y N. Chomsky. 2011. The Biolinguistic program: the current state of its development, en A.-M. Di Sciullo y C. Boeckx (Eds.), *The biolinguistic enterprise*, Oxford: Oxford University Press, 19-41. <https://doi.org/10.7551/mitpress/9780262034241.001.0001>
- Berwick, R. C. & N. Chomsky. 2016. *Why only us*. Boston: The MIT Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199590339.003.0002>
- Berwick, R. C., N. Chomsky y M. Piattelli-Palmatini. 2012. Poverty of the Stimulus Stands: Why recent challenges fail, en M. Piattelli-Palmatini y R. C. Berwick (Eds.), *Rich Languages from Poor Inputs*, Oxford: Oxford University Press. 19-42.
- Bickerton, D. 1990. *Language and species*. Chicago: Chicago University Press.
- Chomsky, N. 1985. *Knowledge of language: Its nature, origins and use*. Nueva York: Praeger.
- Chomsky, N. 1995. *The minimalist program*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Chomsky, N. 2007. Approaching UG from below, en U. Sauerland y H.-M. Gärtner (Eds.), *Interfaces + recursion = language? Chomsky's minimalism and the view from semantics*. Berlin: Mouton de Gruyter, 1-30. <https://doi.org/10.1515/9783110207552-001>
- Chomsky, N. 2010. Some simple evo devo theses: how true might they be for language?, en R. K. Larson, V. Déprez y H. Yamakido (Eds.), *The evolution of human language: Biolinguistic perspectives*. Cambridge: Cambridge University Press, 45-62. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511817755.003>
- Dahl, Ö. 2004. *The growth and maintenance of linguistic complexity*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/slcs.71>
- Elvira, J. 2015. *Lingüística histórica y cambio gramatical*. Madrid: Síntesis.
- Goldin-Meadow, S., 2005. *The Resilience of Language: What Gesture Creation in Deaf Children Can Tell Us About How All Children Learn Language*. Nueva York: Psychology Press.
- Golston, C. 2018. Phi-features in animal cognition. *Biolinguistics*, 12, 55-98. <https://doi.org/10.5964/bioling.9131>
- Haspelmath, M. 2007. Pre-established categories don't exist: Consequences for language description and typology. *Linguistic Typology*, 11, 119-132. <https://doi.org/10.1515/LINGTY.2007.011>
- Hauser, M. D., N. Chomsky y W. T. Fitch. 2002. The faculty of language: what is it, who has it, and how it evolved? *Science*, 298, 1569-1579. <https://doi.org/10.1126/science.298.5598.1569>
- Heine, B. y T. Kuteva 2002. *World lexicon of grammaticalization*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511613463>
- Heine, B. y T. Kuteva 2007. *The genesis of grammar*. Oxford: Oxford University Press.

- Kirby, Simon. 2012. Language is an adaptive system: The role of cultural evolution in the origins of structure, en M. Tallerman y K. R. Gibson (Eds.), *The Oxford Handbook of Language Evolution*. Oxford: Oxford University Press, 589–604. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199541119.013.0061>
- McWhorter, J. H. 2011. *Linguistic simplicity and complexity: Why do languages undress?* Boston y Berlín: De Gruyter Mouton. <https://doi.org/10.1515/9781934078402>
- Meillet, A. 1912. L'évolution des formes grammaticales, en A. Meillet (1921). *Linguistique historique et linguistique générale*. París: Champion, 130-148.
- Mendívil-Giró, J. L. 2015. *El cambio lingüístico: sus causas, mecanismos y consecuencias*. Madrid: Síntesis.
- Mendívil-Giró, J. L. 2016. ¿Qué relación hay entre el cambio lingüístico y la evolución del lenguaje? *Lingüística en la Red*, 14, 1-17.
- Mendívil-Giró, J. L. 2018. Is Universal Grammar ready for retirement? A short review of a longstanding misinterpretation. *Journal of Linguistics*, 54, 859-888. <https://doi.org/10.1017/S0022226718000166>
- Mendívil-Giró, J. L. 2019a. If everything is syntax, why are words so important? An a-morphous but non-lexicalist approach. *Linguistics*, 57, 1161-1215. <https://doi.org/10.1515/ling-2019-0025>
- Mendívil-Giró, J. L. 2019b. Did language evolve through language change? On language change, language evolution and grammaticalization theory. *Glossa: a journal of general linguistics*, 4, 1–30. <https://doi.org/10.5334/gjgl.895>
- Norde, M. 2009. *Degrammaticalization*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199207923.001.0001>
- Nichols, J. 1992. *Linguistic diversity in space and time*. Chicago: University of Chicago Press. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226580593.001.0001>
- Sandler, W., I. Meir, C. Padden y M. Aronoff. 2005. The emergence of grammar: systematic structure in a new language. *PNAS*, 102, 2661–2665. <https://doi.org/10.1073/pnas.0405448102>
- Sigurðsson, H. Á. 2011. On UG and materialization. *Linguistic Analysis*, 37, 367-388.
- Terrace, H. S., 1987. *Nim: A Chimpanzee Who Learned Sign Language*. Nueva York: Columbia University Press.
- Terrace, H. S., L.-A. Petitto, R. J. Sanders y T. G. Bever. 1979. Can an ape create a sentence? *Science*, 206, 891–902. <https://doi.org/10.1126/science.504995>
- Tomasello, M. 2008. *Origins of human communication*. Cambridge, MA: MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/7551.001.0001>
- Waciewicz, S., P. Żywicznyński, S. Hartmann, M. Pleyer y A. Benítez-Burraco. 2020. Language in language evolution research: In defense of a pluralistic view. *Biolinguistics*, 14, 1-43. <https://doi.org/10.5964/bioling.9157>
- Yang, C., S. Crain, R. C. Berwick, N. Chomsky y J. Bolhuis. 2017. The growth of language: Universal Grammar, experience, and principles of computation. *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, 81, 103-119 <https://doi.org/10.1016/j.neubiorev.2016.12.023>